

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la imprenta de Meliton Suñer; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

GERONA.

DETALLES HISTÓRICOS.

Ojeada general sobre la historia civil de Gerona desde los primeros tiempos, hasta la invasion de los pueblos del Norte.

Conclusion. (1)

Posteriormente, cuando las ambiciones de César y Pompeyo se dieron cita en España para disputarse aquí el predominio de Roma y el de todo el mundo, debió precisamente de sentir este país los efectos de aquellas encarnizadas contiendas; pues por de pronto hallamos que en sus principios estaban algunas compañías pompeyanas defendiendo los pasos del Pirineo, apoyadas en un cuerpo de ejército que se había aposentado en Castellon de Ampurias á las órdenes de Lucio Afranio; y hallamos igualmente que, después de muchas y porfiadas tentativas, Cayo Fabio, teniente de César, logró al fin ganar aquellas posiciones, derrotar á la division de Afranio, y llevarla poco

ménos que en dispersion hasta los muros de Lérida.

Inaugurada la campaña bajo tan favorables auspicios, vino luego Julio César á darle mas vigor con su presencia, y he aquí otro acontecimiento que nos ofrece un nuevo punto de duda. Algunos escritores aseguran que César atravesó el Pirineo por la parte del Portús, que tomó la ciudad de Ampurias, que sometió á todo el Ampurdan y *sugetó á Gerona*, y que hecho todo esto fué entonces á reunirse con Afranio que, como hemos visto, se hallaba por las cercanias de Lérida. Otros por el contrario le señalan diferente rumbo haciéndole entrar por Llivia y marchar directamente al país de los Ilergetes; y no falta tambien quien le hace desembarcar en Ampurias, y obrar todas las cosas que arriba dejamos mencionadas. Solo en una circunstancia están todos conformes, y es en la de que, hallándose aquel caudillo sobre el asedio de Lérida, recibió embajada de varios pueblos catalanes, entre ellos los *Ausetanos*, solicitando su confederacion y ofreciéndole el donativo de vituallas para socorrer las necesidades de su ejército; circunstancia que á nuestro juicio se aviene bastante con la opinion de

(1) Véanse los tres últimos números.

los que suponen que César entró por la parte de Livia; pues es claro que nunca podían acudir á solicitar los honores de la confederación los representantes de un país conquistado. Además de que, espulsadas de este como lo habían sido las huestes de Pompeyo, y siéndole por otra parte indiferente al mismo país el triunfo de cualquiera de las dos causas, era lo más natural que con estas seguridades fuese César por el camino más corto á unirse con su teniente, por ser aquel distrito el punto donde estaba principalmente reconcentrada la acción de la guerra y en donde por lo mismo iba á jugarse el destino de nuestra nación.

Ya sabemos el desenlace que tuvieron estas contiendas, y como la muerte de Pompeyo dejó al fin desembarazado el campo á César para satisfacer holgadamente el objeto de su ambición; y por lo tanto, no nos ocuparemos en la descripción de unos acontecimientos, que, además de sabidos, no corresponden á la historia de nuestra ciudad.

Por la misma razón miraríamos con igual indiferencia los sucesos que tuvieron lugar cuando los hijos del gran Pompeyo se propusieron renovar en España los horrores de la guerra civil, á no obligarnos á fijar algún tanto la atención sobre ellos, las aserciones de algunos cronistas catalanes. Pretenden estos que Cneo y Sexto Pompeyo, después de la muerte de su padre, se hicieron fuertes en Gerona para combatir el poder de César, y que especialmente Sexto fué amparado, y defendido con grande tesón por los habitantes de esta ciudad después de la famosa batalla de Munda. Empero otros escritores, con visos de mayor acierto, niegan rotundamente la presencia de los dos Pompeyos en Gerona, y suponen que donde Sexto se refugió después de aquella memorable derrota, en la que perdió á su desgraciado hermano, fué en la Lacetania

(1), desde la cual renovó la guerra con feliz éxito, marchando triunfante hácia la Bética, y haciéndose temible á los romanos, hasta que, muerto César, y viéndose brindado de lisongeras promesas, depuso las armas y se fué á Roma.

Después de estos sucesos, pasa una larga serie de años sin ver en la historia política de este país nada que nos parezca digno de apuntarlo en estas memorias, como no sea la invasión de los Francos ó Germanos que sobre el año 265 de la era vulgar, atacaron la Italia, atravesaron la Galia, pasaron el Pirineo y se posesionaron de la Península, de la cual fueron arrojados al cabo de 12 años, después de haber asolado muchos pueblos de Cataluña y especialmente la ciudad de Tarragona. Además de este acontecimiento, hay otro que no debe quedar en olvido, cual es, el de los martirios que sufrieron en esta ciudad muchos cristianos á principios del siglo IV; pero correspondiendo este hecho á una sección diferente de la de que ahora nos estamos ocupando, aplazaremos su descripción para cuando tratemos de la historia eclesiástica ó religiosa. Por manera, que á parte de las noticias referentes á este sangriento episodio, llegamos al fin del período de la dominación romana sin haber hallado hasta aquí ningún recuerdo particular acerca de los hechos de Gerona, pues aunque esta ciudad fué conocida en los tiempos antiguos, son muy escasas y poco capaces de satisfacer nuestra curiosidad las noticias individuales que de ella nos dan los escritores griegos y romanos.

Ptolomeo divide la *region ausetana* en

(1) No se ha fijado todavía determinadamente la situación de los *Lacetanos*; pero ya estuviesen en la demarcación de Jaca como algunos pretenden, ó bien en la de Barcelona como otros suponen; siempre tenemos que Gerona no dependía de aquella comarca.

cuatro ciudades ó distritos, á saber: *Aquæcalidæ*, *Ausa*, *Bécula* y GERUNDA (1).

Plinio hace depender á los *Gerundenses*, del convicto jurídico de Tarragona; los pone entre los pueblos cuyo nombre era entonces *celebérrimo*, y los coloca en el número de los que gozaban de derecho latino. Este derecho era de inferior categoría que el que disfrutaban los ciudadanos de Roma; consistiendo sus principales ventajas, en estar exentos de pagar tributos como los pueblos de Italia, vivir en sus propias leyes, contribuir al imperio en las guerras, y no poderlas emprender sin previo consentimiento de la metrópoli. Se ignora fijamente por quien le fué hecha á Gerona esta particular concesion y cual fué la causa que la motivó. Solo se dice que fué Pompeyo el que la hizo; pero sin que esta asercion se funde en ningun testimonio digno de fé.

Finalmente el Itinerario de Antonino pone á Gerunda como 5.ª mansion ó punto de descanso situado en la gran via militar que partiendo de Narbona, como hemos dicho, iba á parar á la 7.ª Legion Génuina establecida en Leon.

Por estos datos, de carácter puramente geográfico solo se viene en conocimiento de la antigua ecsistencia de nuestra ciudad: pero no se descubre apenas nada que sea de un verdadero interés histórico. Desgraciadamente, no son en esta parte de mucho mas valor los pocos monumentos que nos ha legado la antigüedad; y en tal concepto creemos no deber interrumpir con su descripcion la reseña historial que estamos escribiendo. Quedamos, con todo, en describirlos mas adelante y en darlos á conocer por medio de diseños, si conseguimos me-

La 1.ª es, segun unos, Caldas de Malavella; y segun otros, Caldas de Montbuy; la 2.ª Vich, la 3.ª Bañolas; habiendo quien sostiene que es Besalú, y la 4.ª Gerona.

jorar, como esperamos, la condicion de nuestro periódico, dándole mayor estension é ilustrándolo con grabados.

J. de Ch.

LAS PARÁBOLAS DEL DIVINO MAESTRO.

EL GRANO DE MOSTAZA.

«El Reino de los Cielos se asemeja
«á un grano imperceptible de mostaza,
«que un hombre en su heredad sembrado deja
«y con su sombra al cabo se solaza.
«El grano microscópico despeja,
«el árbol germinante le reemplaza,
«y á tal sus ramas florecientes osan,
«que las aves del Cielo en él se posan.»

El sembrador es Cristo: el campo ó huerto es la ancha tierra: y de mostaza el grano la doctrina evangélica, por cierto lo mas sencillo del lenguaje humano. Mas su poder al mundo descubierto, desarróllase grande y soberano, y á sus luces humillan sus conciencias las águilas gigantes de las ciencias.

EL BAILE.

Mi buen amigo; he tenido una verdadera afliccion al saber el mal estado de tu salud producido en mucha parte por la tristeza, de la que has dejado apoderar tu corazon. —Yo me propongo curarte, no te admires, por poco que me ayudes á sacudir esa hipochondría que te consume. —Pues, quiero que vengas conmigo á un baile. Ya oigo tus exclamaciones. ¡Yo á un baile! Yo, retirado del mundo y sus engaños, yo que ya voy pisando la cola de mi juventud, yo que me he entregado á las meditaciones del humano espíritu, que busco la solucion de altas cuestiones sociales, que rendido de fatiga y lleno de decepciones, me he condenado á una especie de ostracismo... yo lanzarme otra vez en esos peligrosos torbellinos, en esos vértigos de la humanidad....! Tu deliras. —No, amigo mio. Estoy en mi cabal juicio. Quiero arrancarte de esas elucubraciones,

de esas contenciones de espíritu que te matan. Quiero que vuelvas á la sociedad porque de ella eres, y quiero que tu segunda entrada en el mundo principie por un baile. Y para disminuir tus escrúpulos y que seas mas dócil á mis buenos consejos, oye la opinion que yo me he formado de su origen y naturaleza.—Atiende: Cuando Dios hubo formado el mundo y lo vió tan lindo, tan majestuoso, tan bello, tan digno de alojar un sér hijo de su propia divinidad, en fin, *ei vidit quod erat bonum*; dijo en sus adentros: ¿Para qué tanta belleza, tanto sér sin destino, tan grandioso palacio sino hay una criatura de mi propio seno que lo posea y lo disfrute? No, esto no corresponde á mis altos fines: no, no: *faciamus hominem ad similitudinem nostram* y que quede todo bien, esto es, cada cosa en su lugar. Pues, dicho y hecho. Forma Dios á nuestro hombre, robusto, ágil, imponente, guapo mozo, y le da posesion del mundo. Ya tenemos un legítimo propietario sin que el quisquilloso Proudhon puede meterle el robo. Pero el bueno de Adan estaria como aturcido, no sabia qué pasaba por él, qué hacer de tanta riqueza, como disfrutarla, y principiaria á barruntarle en sus adentros cierta cosa algo confusa y desconocida, así como un gérmen que comienza á desenvolverse, que nosotros llamaríamos ahora, con permiso de Hobbes y Rousseau, sentimiento de sociabilidad, y se pondria triste, cabizbajo, taciturno, así como tu. ¿Y con quién habia de hablar y comunicarse? Diante. Si ese buen hombre fué como yo soy, habria de sufrir mucho, porque cuando no tengo con quien hablar, hablo con mi perro, con mi gato, con mi silla, con todo lo que me rodea; y quemado porque ninguno de estos objetos me responde, les dejo para hablar conmigo mismo y entablo un diálogo tan animado como dos escolares cuando disputan. ¿Y con quién mejor que conmigo he de hablar? ¿Hay acaso, como decia el sencillo Gracian, otro que mas me estime y

sea de mi mayor confianza? La palabra, oh, la palabra.—El baile tambien es palabra que enardece, que fascina, es poesía, es un poema, es... ¿Pero á dónde iba? Ya la loca imaginacion se habia apoderado de mí y me hacia ir al vapor haciendo una de las tuyas. No, amigo mio, no nos anticipemos: cada cosa á su tiempo. Volvamos á nuestro primer padre. Y decia: que Adan sentiria cierta así como necesidad, como que le faltaba un algo... Dios que desde lo alto veia cuanto pasaba en el corazon de su última obra, sin duda diria: Ya me lo sabia yo; pero te complaceré. Con efecto, envia á Adan un sueño, que ahora llamaríamos magnético, arráncale una costilla, y forma la muger. Despierta Adan, y le parece ver una como sombra suya. ¿Qué es esto diria? y se restregaria los ojos. ¿No te parece que se restregaria los ojos? Eva seria bellísima, y perfecta como todo lo que sale de las manos del Creador. La primera espresion de la alegría de que ambos estaban poseidos, seria una exclamacion, un ¡oh! despues el canto, despues el baile, no lo dudes, el baile. Yo no sé si seria polka, rigodon, fandango ó bolero, pero seria baile: ¿Y por qué no? ¿No bailaba David? ¿No bailaban los israelitas ante la *foederis arca*? ¿No bailaba S. Pascual? ¿No bailan y han bailado en todas épocas y paises reyes y vasallos, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios y tontos? Donde hay un hombre, hay allí muchas, muchas cosas, y entre ellas, y nó de las últimas, el baile. Y voy á decirte que esto es no solamente histórico, sino altamente filosófico.—La naturaleza, ese conjunto de sustancias y fenómenos, de causas y efectos, de fuerzas y aparatos, de elementos y agregados, de motores y movidos, de orden y de lucha, ¿qué nos presenta? diferentes relaciones encadenadas á objetos como manifestaciones de existencia y actividad. Infiérese de aquí que todo cuanto existe necesita un fenómeno, una cosa con el que esté ligado para demostrar su existencia. Ese fenómeno, esa cosa, indefinible las mas

veces, es la síntesis de todas las bellezas, es el epítome de todo lo más grande y maravilloso tal vez que hizo Dios, es en una palabra, la *expresión*. El orden fenomenal es, pues, la expresión del orden sustancial. ¿Dirijimos nuestra vista á los cielos? Esos mundos, esas estrellas, ese orden, esa cosa que sentimos y no sabemos explicar es esa *expresión*; es que *Cæli enarrant gloriam Dei*, es decir, expresan, hablan, y con efecto; hablan un lenguaje divino.—¿Atendemos al reino inorgánico? Afinidad, cohesión, atracción etc. etc. expresión todo de lo invisible que agita sus moléculas. Miremos un vegetal. Ya vemos en él un grado más, la vida, revelada por desarrollos espontáneos de tejidos, de órganos, de líquidos dando lugar á mil transformaciones que encantan y confunden. Expresión también de fuerzas, de virtudes y de propiedades. Llegamos al animal: es un infusorio, un réptil, un animal despreciable que apenas nos llama la atención; pero se mueve, anda y ejerce otras funciones, tiene ya ciertos afectos, y los revela, los expresa á su manera. Vamos ascendiendo en la escala de los seres, y aumenta la expresión gradualmente bajo millares de formas hasta llegar al hombre, á este conjunto de necesidades, en el que ya todo es expresión desde su microscópico átomo hasta su elevado espíritu. Tiene sentimientos que ha de revelar, afectos que ha de satisfacer, una inteligencia que ávida busca relaciones, un alma en fin, que rebosa por todos los sentidos. Pasemos á sus obras. Esa Venus de Médicis, ese Apolo de Belvedere, ese cuadro de Laocoonte, ese divino Moisés de Miguel Ángel, ese Pasmó de Rafael y otros mil ¿qué hay en ellos de sustancial? Una piedra, ó un lienzo y líneas. Pero sobre esa tosca materia se eleva lo fenomenal, ahí vemos una cosa que nos arroba, que nos encanta, que nos estasia: es la *expresión*, belleza plástica. ¿Podrás dar un paso, querido amigo sin encontrar algo que te revele otro algo oculto? No. ¿Podrás contemplar la natura-

leza sin que veas la más sublime *expresión* envuelta entre misterios? ¿Esos cielos, ese mar, ese aire, esos terribles y majestuosos choques que parecen amenazar un cataclismo ¿no tocan lo más íntimo de tu espíritu? Todo habla, amigo mío, todo tiene su lenguaje.—Ahora bien, el hombre siente afectos que reducidos á sí mismos, á no salir nunca de su encarcelamiento serían el mayor tormento de su corazón, porque somos comunicativos por excelencia, y necesitamos de expansiones y cuando queremos contenerlas sufrimos. Por eso en un pesar no podemos sin peligro reprimir las lágrimas que son también una expresión.

La alegría, amigo mío, es un afecto expansivo, escéntrico, centrífugo, que necesita salida y desahogo, y no tiene otra vía que la *expresión*. ¿Y cuál es esta expresión? Un niño te lo enseñaría si antes no se hubiese encargado de ello la naturaleza. ¿Ves pues, ese niño en cuyos labios apenas ha asomado por primera vez una graciosa sonrisa? Su madre le sostiene derecho en su regazo haciéndole caricias. ¿Y cómo corresponde? Con saltitos; este es su baile, la *expresión* de su alegría, de su gratitud.

Luego el baile es el lenguaje de la alegría, la poesía del placer. Alégrate, pues, y vamos al baile. ¿No necesitas espresar alegría porque no la sientes? Entonces participarás de la de los demás, que ya es algo, é interpretarás las mil articulaciones que el baile realiza desde los pies hasta los cabellos, porque todo el cuerpo es lengua; harás tus observaciones que no dejarán de ser curiosas, y darás una lección á los mozos de 20 años que por darse importancia de hombres de seso, desdeñan ese noble lenguaje del corazón, y tan noble, que si fuese persona, ostentaría en sus venas una sangre más azul que el azul del cielo, porque sus títulos vienen del primer hombre.

Al baile, pues, que te aguarda tu buen amigo,

Paco.

A ELISA

Bella Elisa, querido bien mio;
 cada día me vuelves mas loco,
 acreciendo en mi pecho este foco
 de pasión que encendió tu mirar.
 Yo en los astros contemplo tu imágen;
 yo en las flores percibo tu aliento;
 yo en las brisas escucho tu acento,
 y tu nombre en los ecos del mar.

—
 Cuando ocultos del sol los fulgores
 yace en sombras durmientes el mundo
 hasta en medio del sueño profundo,
 allí vienes mi calma á turbar.

¡Ay, hermosa! Tu mágico influjo
 me sumerge en perpetuo martirio;
 junto á ti me consume el delirio;
 separado, me mata el pesar.

—
 ¿Qué me diste, muger, qué me diste,
 para así arrebatarme el sosiego,
 abismarme en un lago de fuego
 y trocar mi ecsistencia glacial?

¿Qué poder ó qué genio te ha dado
 sobre mí tanta fuerza estremada?
 ¿Tal vez eres, Elisa, una hada,
 un arcángel ó un sér infernal?

—
 Dilo, dilo, por Dios, rompe pronto
 de mis ojos turbados el velo;
 di si vienes de arriba, del cielo;
 si de abajo, do reina Satan:

Si es de arriba, do mora el Dios justo,
 sufriré resignado mis penas;
 si de abajo, tus duras cadenas
 en seguida a mis pies caerán.

—
 Mas ¿podria yo acaso olvidarte?
 ¡olvidarte! ¿porqué? ¡Dios eterno!
 ¿Tú emanar del flamígero infierno
 y ser hija del genio del mal?
 ¿Pudo acaso el arcángel rebelde
 increar tan sublime hermosura
 y tu pecho llenar de ternura,
 atributo de un sér celestial?

—
 ¡Oh! no, no, que tu origen proceda
 de mas alto.... ¡de un genio divino!
 y en el mundo tu bello destino
 es mis males en bienes trocar.

¡Ah! bendito, bendito el momento
 que miré tu precioso semblante,
 y bendito, bendito el instante
 que tu acento yo puede escuchar.

J.

LOS ANGELES BLANCOS,

EPISODIO DE LA INSURRECCION DE STO. DOMINGO.

Por A. Jadin.

Vamos á contar un hecho ocurrido en las
 antillas francesas, al sublevarse contra su
 metrópoli. Nuestro objeto es dar á conocer

todo el valor y la energía que puede inspi-
 rar el amor conyugal, y el amor filial: estos
 dos sentimientos tan santos, tan sagrados,
 que nada es capaz de entibiar, que por na-
 da se arredran, y que saben arrostrarlo
 todo, desafiarlo todo, para salvar á un es-
 poso y á un padre. Esperamos que nuestros
 lectores aceptarán gustosos el noble y pia-
 doso ejemplo que les ofrecemos en las dos
 heroínas de esta anécdota, las que por pre-
 mio de sus virtudes y sensibilidad, lograron
 arrancar de una muerte segura al objeto de
 su cariño. No nos cansaremos de repetirlo:
 en los grandes peligros, en las crisis vio-
 lentas, es cuando las mugeres destituidas
 naturalmente de fuerza física, dan pruebas
 del grande valor moral que posee su alma,
 y de cuanta ventaja lleva este á aquella.

La revolucion de 1789 halló eco, como
 era de esperar, en las colonias francesas:
 las ideas de libertad é independencia que
 con tanto descaro se proclamaban en Paris,
 se propagaron luego á Sto. Domingo. Al
 principio, solo se empeñó la lucha entre los
 grandes propietarios que deseaban la inde-
 pendencia de la isla, y los mulatos que que-
 rian acabar con los blancos, para apoderar-
 se de sus haciendas. Los negros por de
 pronto no tomaron parte, se estuvieron
 quietos, mirando impassiblemente las pre-
 tensiones de unos y otros; pero á pesar de
 la aparente indiferencia con que contempla-
 ban aquellos acontecimientos, comprendie-
 ron muy luego lo que puede el número y la
 fuerza material. Oian hablar á los isleños de
 independencia; á los mulatos reclamar sus
 derechos políticos, y ellos empezaron á so-
 ñar en su libertad. Este sueño tan nuevo
 para ellos y tan criminal á los ojos de sus
 amos, aunque de repente comprimido, de-
 bia un día despertar, terrible, amenazador,
 sangriento.

El Sr. de Mercey era uno de los mas ricos
 propietarios de aquella colonia: sus planta-
 ciones ocupaban la mayor parte del terreno
 de la isla: contaba por centenares sus esclavos.

vos: no era un hombre de mal corazón, pero nacido y educado en Santo Domingo, había adquirido los hábitos y las opiniones de aquella época. Ostentando en sus suntuosas habitaciones un tren de príncipes, rodeados de todo el lujo imaginable, acostumbrados á verse obedecidos á la menor indicación, era hasta natural que los isleños, aun los mas humanos y sensibles, no fueran siempre justos con sus esclavos á quienes trataban como á bestias. Delegando en sus administradores el derecho de recompensar ó castigar á estos infelices, sucedía que aquellos generalmente mulatos, envidiosos de la suerte de los blancos, eran atrocemente crueles con los negros, con el infame fin de que estos odiasen á sus amos, como sucedió por desgracia.

Allá, debajo del hermoso cielo de los trópicos, nada hay mas encantador que esas deliciosas veladas, en las que la brisa embalsamada lleva envuelto el perfume de las flores que, con sus vivos y brillantes matices, esmaltan los patios de las habitaciones campestres. ¡Qué agradable es entonces respirar el aire fresco de la noche en uno de esos espaciosos jardines en los que crecen y florecen mil plantas intertropicales, que en nuestro país podemos conservar á duras penas aunque encerrados en invernáculos!

El Sr. de Mercey se balanceaba en su hamaca de seda, hablando con su esposa y su hija, sentadas á su lado, cuando de repente se presentó el negro Apolon el cual apesar de sus años era aun robusto: llevaba atada la cabeza con un pañuelo de seda, y encima de él un gran sombrero de paja. Había sido esclavo, pero los ruegos é instancias de la Señora de Mercey le habían devuelto la libertad, de la que no había querido valerse mas que para quedarse voluntariamente al servicio de su antiguo amo. Este buen viejo era el mas fiel y apasionado de los criados de la señora y señorita de Mercey, á las que llamaba los dos ángeles de la casa.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó el señor de Mercey.

— Señor. El Administrador me manda para que pregunte á su merced si quiere presenciarse el castigo del negro Narciso, á quien van á dar veinte y nueve palos.

— No por cierto, dijo levantándose precipitadamente Blanca de Mercey; si papá tolera aun que se impongan tales castigos á esos infelices, no irá seguramente á ver tan cruel é inhumano espectáculo.

¿Verdad papá que no irás?

—Oye mi querida Blanca: es indispensable que el Administrador tenga algun medio para hacerse obedecer; los negros son perezosos, tercos: es preciso á veces el castigo, y cuando el amo lo presencia dá mas solemnidad al acto.

—Amigo mio, dijo la señora de Mercey, en nuestro hermoso país los reyes gozan de un privilegio muy precioso. Cuando un reo tiene la dicha de hallarlos á su paso, lo perdonan. Tu me has dicho repetidas veces que soy la reina en mi casa: concédeme pues mi privilegio real, y créeme; la clemencia es cuasi siempre preferible á la severidad.

—Mas sin embargo....

—Espero amigo mio que no me lo negarás.—Apolon, conducidme al sitio en que debe hallarse ese desgraciado.

—Voy contigo mamá, dijo Blanca; y salieron juntas.

—Que bien haceis señora, y vos tambien señorita, dijo Apolon indicándoles el camino. ¡Ah! ¡si todos los amos obrasen así, no se verian espuestos tan á menudo á las venganzas de los negros, y no sucederian tantas desgracias!

—Corre mamá; mira el infeliz atado como un malhechor.

—La Señora de Mercey apresuró el paso y parándose frente del Administrador le dijo con voz clara y enérgica: «Deteneos; el amo le perdona.»—Quiso el Administrador hacer algunas observaciones, pero como sabia que no se negaba nada á la señora, y no-

tando además la severidad y resolución con que había dado la orden, conoció que era inútil insistir y se retiró. De repente todos los negros que acompañaban al paciente, y aun los mismos que debían apalearle, se echaron á los pies de sus amas, y con gritos y danzas espresaron su reconocimiento, repitiendo en su idioma, tan pintoresco y armonioso.

« Cuando neguito vení á él ángeles bancos, nada temée. »

—Que buena eres mamá, dijo Blanca al quedarse las dos solas.

—¿Qué, no te has apresurado tu tanto como yo para ir al socorro de ese desgraciado? mira hija mia lo que hemos hecho. Si esas pobres gentes se hubiesen vuelto, llevando el cuerpo ensangrentado de su infeliz compañero, sus corazones estarían poseidos de odio y venganza, mientras ahora que todos se vuelven sanos y salvos, están rebosando alegría y contento.

—Y sus almas llenas de la mas profunda gratitud por tí, querida mamá. Hablando así las dos bienhechoras de los negros, continuaron su paseo, llevando de choza en choza socorros y consuelos á aquellos desventurados. (Se continuará.)

M. B.

UN CAPRICHIO FATÁL.

Nunca me retraté, porque el espejo me aconseja que no haga este dislate; pero arruga Pepita el entrecejo, y es fuerza cometer tal disparate. Veo al artista, saca mi boceto, y me dice despues de un breve rato, con tono entre sarcástico y discreto: « mañana venga usted por su retrato. » Llego, entro, me lo dá, lo miro..... Tentado estuve de pegarme un tiro!!

Pocapena.

ALBUM.

Segun leemos en un diario de Barcelona, *La Prensa*, periódico que vé la luz pública en la Habana, al describir uno de los conciertos que recientemente se han celebrado en aquella Capital, prodíga cumplidos elogios á nuestro simpático amigo y paisano Don Fermin Alvarez, jóven pianista ventajosamente conocido en nuestros salones. Por nuestra parte no ignoramos el

mérito del Señor Alvarez, y recordamos demasiado los momentos de placer y de entusiasmo que una y mil veces nos ha proporcionado, con su fina ejecucion en el piano y su esquisito gusto en la composicion, para que nos causen estrañeza alguna las noticias de nuestro cólega de la Habana. No podemos, sin embargo, dejar de felicitar al artista por sus adelantos, enorgulleciéndonos, sin que nos ciegue la amistad que le profesamos, de que los resultados hayan correspondido á las fundadas esperanzas que su talento nos hizo concebir. Siga el Señor Alvarez en la gloriosa senda que ha sabido trazarse, seguro de que verá sus afanes dignamente premiados, mereciendo las distinciones y muestras de cariño de su madre Patria, que es la mas hermosa corona del artista.

He aquí el suelto á que nos referimos.

« CONCIERTO. — *La Prensa*, periódico que se publica en la Habana, hace una estensa reseña del que han dado los condes de Santovenia para celebrar el nacimiento y bautizo del segundo de sus hijos, en el cual se han distinguido muchísimo los jóvenes D. José P. Mungol y D. Fermin Alvarez, ejecutando el primero en la guitarra con la mayor maestría, finura y buen gusto una primorosa y difícilísima fantasía de su composicion; y el segundo acompañando al piano á varias señoritas que tocaron y cantaron diferentes piezas de las mejores óperas del moderno repertorio, y mostrando despues la habilidad, ejecucion perfecta y esquisito gusto de un profesor y pianista consumado en una magnífica fantasía de su composicion sobre el tema de la « Sonámbula: » recibiendo ambos jóvenes los mas nutridos y prolongados aplausos, á la vez que los sinceros elogios de todos los concurrentes, entre los que figuraban las primeras autoridades y todo lo mas brillante y escogido que encierra la capital de la reina de nuestras Antillas. »

« El mismo periódico dice que á la mayor brevedad se pondrá en escena, en uno de los principales teatros de la Habana, la ópera « Eugenia de Sicilia » que ha escrito el apreciable y referido profesor Sr. Alvarez, y de cuya composicion se hacen ya los mayores elogios. »

F.

Director. D. FRANCISCO P. VARELA.